

Etxebarria, M. (2009),

## Principios y fundamentos de Sociolingüística.

B. No: UPV/EHU.

### El nacimiento de la Sociolingüística

Han sido muchos, al parecer, varios centenares, los libros, artículos, comunicaciones a congresos y «simposios», capítulos para volúmenes colectivos, reseñas y notas que han ido apareciendo bajo el término «Sociolingüística» pero, sin embargo, no todos constituyen una parte del auténtico corpus bibliográfico de la nueva disciplina.

Hablar de Sociolingüística exige, todavía hoy, que sea necesario explicar lo que se entiende por ella, pues, a partir de su nacimiento, ha ido avanzando un sinnúmero de imprecisiones (LÓPEZ MORALES 1989:7). Lo que en un momento se definió como «relaciones entre lengua y sociedad» y más recientemente, como «lengua y contexto sociocultural» (NEWMAYER, ed., 1988) ha dado lugar a investigaciones de variado tipo, alcance y objetivos.

### 2.1. LA SOCIOLINGÜÍSTICA EN EL CONTEXTO DE LA LINGÜÍSTICA CONTEMPORÁNEA

Toda aproximación sincrónica al lenguaje topa, sin remedio, con una heterogeneidad que adopta las más complejas y variadas manifestaciones: heterogeneidad palpable en el mero mapa de las lenguas del mundo, en la disposición espacial de cada una de ellas, en las múltiples formas en que son usadas, en la adecuación al elenco de tareas comunicativas que se les demanda y, en fin, hasta en el seno de la biografía de los propios individuos. Heterogeneidad, o mejor «heterogeneidades», que muchas de ellas descanzan en supuestos sociales o que, en otras ocasiones, circulan por terrenos de vecindad algo más que próxima.

Esta, desde luego, no es una observación novedosa para la Lingüística. Muy al contrario, se trata de una evidencia nunca negada, cuyas relevan-

cia e importancia relativas dentro de los esquemas teóricos desarrollados por los lingüistas han oscilado en función de los autores y las épocas. Durante los últimos tiempos, encarecida esa evidencia, parece obligado traspasar los límites de lo que hasta ahora se había considerado «Lingüística estricta», intermitente y escasamente atenta a ese tipo de inquietudes, y recurrir a otros factores en los que se desenvuelve con mayor comodidad —y propiedad— esta otra dimensión del análisis lingüístico. De ello se sigue una tan inevitable, como lícita y sugerente ampliación de los márgenes epistemológicos de la propia Lingüística, enriquecida con diversos aspectos que hasta este momento no habían superado los ajustados parámetros de «lo estricto», tal y como fueron establecidos por estructuralistas y generativistas. Suele hablarse entonces de enfoques pragmático, psicolingüístico, textual y, naturalmente, sociolingüístico; este último, ya lo hemos apuntado antes, para unos, sólo en parte vinculado a nuestra ciencia, para otros el único posible si nos atenemos a la mera realidad de los hechos del lenguaje. Los extremos suelen por lo común aproximarse, y en esta ocasión, como veremos más adelante, los dos componentes del binomio «Sociolingüística como interdisciplinariedad»/«Sociolingüística como Lingüística de pleno derecho» ni están reñidos ni son enteramente incompatibles.

Los propios sociolingüistas, sobre todo durante su etapa de redefinición epistemológica, a lo largo de los años 60 y 70, han puesto continuado empeño en defender, además de su inclusión sin ambages dentro de la Lingüística, la relevancia de sus contribuciones en el conjunto de la ciencia Lingüística.

No es otro el convencimiento que años más tarde recoge CARDONA (1987:11) cuando afirma que la Lingüística es consecuencia directa de la coherencia requerida por todo modelo lingüístico<sup>1</sup>. CARDONA parte de una revisión crítica del concepto saussuriano de arbitrariedad aplicado al lenguaje: arbitrariedad susceptible de examinar la conexión entre signifiicante y significado, pero no tanto en lo que competiría a las relaciones que se establecen entre las lenguas y el contexto donde éstas se desenvuelven. Muy al contrario, las formas lingüísticas «no pueden más que llevar las huellas de la procedencia concreta de la sociedad que las usa» (CARDONA, 1987:16). Por lo tanto, la Lingüística sincrónica estará obligada a rastrearlas, a establecer el grado y el tipo de vinculación entre lo social y lo lingüístico, entendido este último como un producto (cuando menos parcial) del primero. En ese empeño, cualquier mínima inmersión en la realidad lingüística pone al descubierto perfiles desiguales, consecuencia

directa del valor instrumental adquirido por el lenguaje al formar parte de una red contextual y una dinámica social puntuales. El significado que asume cualquier forma lingüística no es el producto de un mecanismo interno, de un sistema cerrado e immanente, sino de una constelación de relaciones sociales a las que sirve. Ello podría conducirnos, al tan estructuralista concepto de lengua como convención, pero la realidad empírica, por el contrario, indicaría que cada grupo humano marca y delimita su espacio social por medio de todos los elementos a su disposición entre los que, desde luego, se encuentran los lingüísticos.

A la vista de lo que acabamos de comentar, no es de extrañar que se evalúe la aportación de la Sociolingüística desde la óptica de la introducción de un nuevo modelo teórico sobre el estudio científico del hecho lingüístico y que, con mayor motivo, ello suponga una novedad radical frente a la Lingüística abstracta y lógico-matemática anterior (BERRETO, 1986:15). El centro de lo que podríamos llamar «giro epistemológico» se inició asumiendo que era imprescindible partir de presupuestos dinámicos —y no estáticos como hasta entonces— para la descripción y análisis del lenguaje (PISANI, 1987:42) y que ello, inevitablemente, exigía la integración del elemento social entre sus componentes fundamen-  
tales.

La Sociolingüística surge, pues, con manifiesta conciencia histórica y todas sus corrientes internas, sin excepción, formularon sus objetivos científicos en oposición, más o menos matizada, al Generativismo y a la Lingüística Estructural. Claro que los matices se dieron en la «estructura más profunda» de algunos planteamientos. En «superficie» la reacción fue de una indudable (y excesiva) contundencia. Quizá quien paradigmáticamente mantuvo posiciones más apegadas en lo sustancial al generativismo, W.J. LABOV (1972:235-323), llegó a considerar poco menos que inviable la definición de conceptos troncales de la Lingüística sin contemplar la dimensión social. HUDSON (1980:28) ha ido incluso más lejos todavía. La Lingüística fuera de estas coordenadas, la *Lingüística asociada* en su terminología, es pura y simple ficción y, en absoluto, merece consideración alguna. Ambos están de acuerdo en considerar redundante al prefijo *socio*, *dado que desde su perspectiva resultaría impensable una Lingüística carente de esa dimensión*. En caso contrario, hablaríamos de «Lingüística incompleta», inadmisibles para dichos sociolingüistas desde el punto de vista científico.

Como es evidente, HUDSON y LABOV presentan una postura extrema —y, todo sea dicho, ocasional— en «defensa» de la Sociolingüística. Con mayor moderación, se ha reivindicado también la legítima inclusión de la Sociolingüística dentro del tronco disciplinar lingüístico, reivindicación de algún modo necesaria y explicable por el lastre igualmente injustificado que conllevaba la etiqueta de «Lingüística externa» con la que desde otras orientaciones se pretendió desautorizarla.

<sup>1</sup> Entiendo por tal la reducción lógica de un fenómeno a dimensión formalizable para proceder a su análisis científico, formulando hipótesis, corroborándolas o refutándolas y estableciendo patrones predictivos.

Sea como fuere, estas oscilaciones escolares, por otra parte tan habituales en la historia de cualquier ciencia, hoy están fuera de lugar y por fortuna han perdido toda vigencia. La Sociolingüística ha acreditado su solvencia de manera fehaciente. Prueba palpable de ese asentamiento la encontramos en la publicación que AMMON, DITTMAR y MATTHEIER editan en 1987, auténtica enciclopedia sociolingüística que, con la colaboración de especialistas reconocidos (DESERIEV, GRIMSHAW, SAN-KOFF, FISHMAN, BERNSTEIN, entre otros), cubre todos sus flancos: cuestiones teóricas de interrelación con otras ciencias o áreas de la Lingüística, niveles de trabajo, conceptos básicos, métodos, historia y aplicaciones. Destaca, a mi juicio, el talante que tienen todos los capítulos de la obra. Más que delimitar la materia, precisar su campo de estudio como de inmediato veremos que perseguía LÓPEZ MORALES en 1977, se ha buscado profundizar en un corpus doctrinal que se sabía establecido y clarificado de antemano. Diez años después, la tarea tenía, por fuerza, que ser muy distinta, habida cuenta de que disponía ya de apoyaturas teóricas suficientes.

Pero no ha sido el propio desarrollo de la Sociolingüística el único responsable de su consolidación definitiva. También la Lingüística actual, comprometida con el reto de la interdisciplinariedad característica de nuestro tiempo, dentro de sí misma mantiene una actitud menos dogmática y, en general, acepta la diversidad de enfoques para hacer frente a un objeto científico como el lenguaje, caracterizado por su evidente multiplicidad y omnidimensionalidad.

La homogeneidad teórica que denotan trabajos como el de AMMON, DITTMAR y MATTHEIER es, ha quedado apuntado, logro sólo reciente. Antes, la Sociolingüística hubo de recorrer un no siempre fácil itinerario y hubo de salvar escollos externos en sus relaciones con otros apartados de la Lingüística y, al igual que en todo momento de arranque científico, también internos entre las grandes áreas teóricas y metodológicas que empuzaban a perfilarse en su seno. En el trabajo al que he hecho referencia, H. LÓPEZ MORALES (1977a:108) efectuaba un atinado diagnóstico acerca de la delicada situación en la que se encontraban los estudios sociolingüísticos en esos momentos:

«Como era de esperar, dadas las precarias circunstancias de su nacimiento, estos estudios crecieron y se multiplicaron desprovistos de un riguroso marco teórico. La Sociolingüística no había sido concebida más que en términos extremadamente generales, no se había precisado su objeto de estudio, ni se había establecido, consecuentemente, la metodología adecuada. Los investigadores se movían en un terreno sin lindes claras, interesándose *grosso modo* por la influencia del lenguaje en la sociedad y viceversa».

No demasiado alejados en el tiempo, MARCELLESI y GARDIN (1974) habían intentado aclarar esas lindes dentro del «grosso modo» y,

por su parte, poco tiempo después G. MARCATO (1979:9) reconocía en el discurso metodológico una tarea pendiente para los sociolingüistas. Son tres significativos botones de muestra, por el prestigio del que han gozado sus autores entre los especialistas, que ilustran una exigencia —la delimitación epistemológica de la Sociolingüística— y que justifican la intensa actividad que en esa dirección fue llenando la bibliografía desde entonces.

El objetivo se ha ido cumpliendo, no sólo en los Estados Unidos, punto de intensa y propagada actividad a partir de los años 60, sino también en el Viejo Continente, con especial intensidad en Gran Bretaña e Italia, y aportando contribuciones más puntuales, en el resto del ámbito europeo.

Esa urgencia delimitadora tampoco dejó de llevarse a cabo sin alguna que otra extralimitación. En los EE.UU. la escuela laboviana pretendió —y sigue pretendiendo— para sí la exclusiva adjudicación de esta nueva orientación de la Lingüística. Se perfilaron de esta forma tres grandes corrientes en el estudio de la mutua influencia lengua/sociedad, movidas por donos todavía dentro de la amplitud indicada por LÓPEZ MORALES: Sociolingüística variacionista, Sociología del lenguaje y Etnografía del Habla. Aunque dejemos para más adelante el examen detallado de las escuelas sociolingüísticas, sí avanzaré que desde el variacionismo LÓPEZ MORALES (1977B) distinguió entre *Sociolingüística hacia afuera* y *Sociolingüística hacia adentro*<sup>2</sup>. Ambas se interesaban por el binomio lengua/sociedad, pero mientras que la primera partía del lenguaje para llegar a la sociedad, la segunda recorría el mismo camino en sentido inverso y constituía la única alternativa válida para la ciencia Lingüística. En la práctica ello suponía desentenderse por completo de los estudios de «So-

<sup>2</sup> LÓPEZ MORALES manejaba a su vez la distinción que LABOV (1972:236-237) había establecido entre Sociolingüística amplia (estudio de situaciones de comunicación, funciones y uso de las lenguas) y Sociolingüística estricta (análisis de la variación). Tampoco son las únicas censuras internas dentro de la Sociolingüística, aunque probablemente sí las que han gozado de mayor repercusión. Los autores plenamente marxistas (NEUBERT, 1962), o los temporalmente adscritos a esa corriente (AMMON, 1973a:128-139), hablaron de sociolingüística histórico-materialista que, dotada de un importante referente teórico de carácter marxista-leninista, sería la única que poder realmente explicativo. Frente a la sociolingüística positiva, de inmediato identificada con los postulados labovianos, que tan sólo estaría en condiciones de ofrecer descripciones parciales de la consabida interrelación lengua/sociedad en contextos muy concretos. Otros autores han recurrido a dicotomías basadas en criterios metodológicos (LABOV) y la que prefiere concentrarse en grupos reducidos (GUMPERZ): criterio que sólo sería admisible en el contexto científico norteamericano y que, aún así, parece hoy poco vigente. Sabemos de la existencia desde hace ya algunos años de estudios variacionistas que se han ocupado de pequeñas aldeas italianas, de la misma forma que empezamos a contar con investigaciones sobre comunidades de la envergadura de Berlín que siguen parte de la metodología acuñada por la etnografía del habla. De todas formas, para MORENO la censura metodológica refleja otra de carácter teórico más abarcador entre sociolingüística en sentido estricto y sociolingüística en sentido lato, como se puede apreciar, muy cerca de lo postulado por LABOV y LÓPEZ MORALES. *Cfr.*, al respecto, MORENO (1990a:14-15).

ciolingüística hacia afuera», o lo que viene a ser lo mismo, de la Sociología del lenguaje y la Etnografía del Habla. Tres años más tarde, HUDSDON (1980:15) modificaba poco estos planteamientos, al menos en el arranque teórico y formal de su exposición, cuando afirmaba que la Sociología del lenguaje se preocupa del estudio de la sociedad en relación con el lenguaje, prioridad muy distinta de la «verdaderamente» Sociolingüística que tenía justo el signo opuesto: la observación del lenguaje en relación a la sociedad. Claro que, en la práctica de los capítulos subsiguientes a las paginas introductorias, HUDSDON se ocupa con detalle, y hasta con entusiasmo, de problemáticas muy constantes entre sociólogos del lenguaje y etnógrafos del habla, justo una de las grandes virtudes de su obra, contraria a los supuestos iniciales que parecía manejar.

Esa misma dicotomía en el interior de la disciplina, cuestiones nominalistas al margen, se había perfilado ya en MARCELLESI y GARDIN (1974:14-20) al disociar *Lingüística Social* de *Sociología del lenguaje*. En la Lingüística social primaba el componente lingüístico, ocupada como estaba de las conductas lingüísticas que caracterizarían a grupos concretos frente a la totalidad de la colectividad. En Sociología del lenguaje (o también llamada, sorprendentemente, «Sociolingüística»), por el contrario, el énfasis recaía en lo social. Finalmente concluyen que para la Lingüística es más lícita una Lingüística social que una Sociolingüística (según su nomenclatura), postura que en lo sustancial, y salvando los consabidos matices terminológicos, coincide en gran medida con la propugnada por los autores antes comentados.

Salvo excepciones puntuales como la de HUDSDON, o la que acabo de comentar de MARCELLESI y GARDIN, la discusión en torno a esta cuestión parece ser un asunto interno de los sociolingüistas estadounidenses, o de quienes los siguen de cerca. En Europa, por el contrario, se han empleado criterios bastante más amplios y, en general, las posturas han sido más conciliadoras. TRUDGILL (1974), autor citado con frecuencia por los variacionistas del otro lado del Atlántico, es un buen ejemplo de ello. A pesar de que, en términos generales, mantiene un planteamiento muy similar al de los autores norteamericanos, de especial relevancia, en este sentido, son los capítulos que reserva al estudio del «contexto» (pp. 103-129) y de la interacción «lenguaje/hacción» (pp. 129-157) en los que contempla cuestiones como el repertorio verbal, las relaciones poder/solidaridad o la Planificación Lingüística, bordeando casi el enfoque fishmaniano; todas ellas preocupaciones de pleno derecho dentro de la Sociolingüística para el autor británico. Más tarde (TRUDGILL, 1978:11) opta de forma clara por una consideración igualmente amplia de la Sociolingüística y, desde esa perspectiva, los estudios sobre bilingüismo, Etnografía del Habla, variación lingüística, etc., serían de nuevo otras tantas alternativas de un mismo procedimiento científico. WARDHAUGH (1986:12-13) mantiene una línea más interdisciplinar y

defiende que la Sociolingüística aporta conocimiento mutuo a ambas perspectivas, sociológica y lingüística, de manera que en realidad tiene poca o nula importancia que la beneficiada sea una u otra. LAMQUIZ (1981:XI), terciando muy levemente en la polémica, piensa que como lingüistas debemos partir de lo lingüístico. El que nuestro interés último esté en los hechos lingüísticos, tampoco nos obliga a ignorar por completo la dimensión social, por otra parte, también inherente a nuestro objeto de estudio.

En fechas más próximas DITTMAR, SCHLOBINSKY y WACHS (1988:20-63), no sólo han perseverado en esa dirección teórica, sino que han sido capaces de llevar a la práctica un estudio de variación estilística que incorpora elementos de la Etnografía del habla y de la Pragmalingüística. Partiendo del registro como unidad básica y nuclear de análisis, han considerado que éste seleccionaba un determinado repertorio comunicativo, pero también una estructura retórica concreta. Ambos constituyentes de la diatásia comunicativa aparecieron socialmente estratificados en el alemán berlinés.

De igual modo, VILLENA (1992:85-122; 1994:19-22) ha planteado una interesante síntesis que, sin ignorar la palpable existencia de ámbitos y metodologías exclusivos de cada escuela en particular, sin embargo es capaz de preservar los suficientes denominadores comunes como para no quebrar la del mismo modo evidente unicidad que mantienen estos estudios. Para VILLENA sería preferible plantear la existencia de orientaciones: una de carácter *semiocéntrico* que observaría los hechos lingüísticos como reflejos o síntomas de sistemas generales de significación, y otra, *glotocéntrica*, en esta ocasión, que en sintonía con LABOV seguiría la dirección contraria.

CHAMBERS (1995:11) ha redefinido la dualidad Variacionismo/Sociología del lenguaje desprovoyéndola de la oposición explícita y excluyente de otros tiempos, en favor de una diferencia de matiz en el influjo de los factores sociológicos sobre la conformación de los actos de habla, citándose, por otra parte, tan sólo a las actuaciones lingüísticas encargadas de cometidos formalmente sociales tales como saludar, despedirse o manifestar agradecimiento. La Sociolingüística (esto es, el variacionismo) se encargaría de las dimensiones personal, estilística y social de estas situaciones, en tanto que a la Sociología del lenguaje le correspondería la sociocultural y la sociológica. Más que el contenido de una propuesta con limitaciones bien palpables<sup>3</sup>, me interesa destacar el talante de CHAM-

<sup>3</sup> Sería aconsejable perfilar un trazo más la diferencia, si existe en este contexto, entre «social» y «sociológicos», al tiempo que llama la atención lo sorprendentemente limitado del radio de actuación en el que se enmarca su delimitación, los actos de habla, aspecto diría que, por lo general, desatendido desde ambas escuelas, al menos en lo que a profusión de estudios explícitamente concentrados en ellos se refiere. No debe desprenderse de mi afirmación anterior que

BERS y lo que implica. Aunque mantenga la distancia suficiente como para hablar de «Sociolingüística» y «Sociología del lenguaje», en el esquema de CHAMBERS ya no transitamos en dos reinos distantes, contrapuestos y hasta enfrentados, sino que estamos ante dos ramas de un mismo tronco común.

Como se ve, los sociolingüistas europeos han puesto mucho énfasis en no confundir el rigor científico con un hermetismo poco justificado y menos productivo. El carácter «hacia adentro», lícita inclinación hacia posiciones acordes con la tradición lingüística, no impide que, una vez efectuado el análisis sociolingüístico (del tipo que sea), en fases posteriores se inscriba en otros interdisciplinarios, ni tampoco desautoriza una actitud flexible respecto al infranqueable hiato que distanciaba a las escuelas ocupadas de las relaciones lengua-sociedad. En ese sentido, partiendo de que el lenguaje está inscrito en un ámbito social de más vastas referencias, BERRU (1974) y DITTMAR (1973) han postulado que, si el mensajero lingüístico admite más estudios que los estrictamente sociolingüísticos, cabrá considerar la posibilidad de aprovechar para investigaciones de mayor alcance los datos obtenidos en aquellos análisis puramente sociolingüísticos. Ello suponía que la Sociolingüística trascendiese las restricciones temáticas del cambio y la variación<sup>4</sup> abriéndose también a preocupaciones relacionadas con la adquisición del lenguaje, la comunicación social realizada a través de la lengua y lo que DITTMAR llama «Patología lingüística».

Ya antes G. MARCATTO (1979:10-11) había formulado de manera clara esta postura, insistiendo en una constante de la socio-lingüística italiana al contemplar el binomio lengua/sociedad desde «una unidad sustancial, considerando la lengua en relación al resto de la vida social y no en relación a la "sociedad"».

BERRU (1986), por su parte, ha ampliado tanto el concepto de «variación» que las propuestas de la escuela laboviana han perdido vigencia al quedar difuminadas en un conjunto mucho más abarcador, hasta el punto de que hoy la discusión «hacia adentro/hacia afuera» se diría que parece un tanto estéril. Variación hay, como señala LABOV, en la diversificación estratificada de hechos lingüísticos puntuales. Pero para BERRU-

estimo impropiedades tales estudios, antes bien todo lo contrario. Sólo trato de poner de manifiesto lo extraño que, en mi opinión, resulta acudir justo a los dominios de investigación más desatendidos por variacionistas y sociólogos del lenguaje para intentar establecer sus cometidos disciplinarios.

<sup>4</sup> DITTMAR (1973:124-125) distingue ya de manera nítida entre «variación» y «cambio», solventando así uno de los principales inconvenientes que H. LÜDTKE achacaba a los planteamientos sociolingüísticos. Como se comprobará más adelante el propio LABOV abordará directamente la cuestión al separar dos dimensiones temporales, la «aparente» y la «real», a partir de las que dar cuenta de ambos tipos de fenómenos evolutivos.

TO no menos variación es la selección de una lengua o variedad lingüística según las normas funcionales de una comunidad o, por citar sólo otro ejemplo ilustrativo, la especialización de formas lingüísticas según los contextos comunicativos. En el esquema que en esa obra propone BERRU la variación, por lo tanto, pasa a ser el denominador común que identifica a todas las preocupaciones sociolingüísticas, con independencia de que sea enfatizado en uno u otro aspecto. Desde la perspectiva del profesor italiano, las tres grandes ramas de la Sociolingüística norteamericana no son más que distintas posibilidades coyunturales admitidas por un único enfoque científico, el sociolingüístico.

Desde luego, esta parece ser la síntesis más apropiada para intentar dar cuenta del estado actual en que se encuentran las investigaciones sociolingüísticas, síntesis que por otra parte considero fiel y ajustado eco de lo que, cada día más, es un estado común de opinión—y, probablemente, también un talante—entre los especialistas. GSWIND-HOLTZER (1981:15-26) proponía un listado de elementos de análisis sociolingüístico que cubriese desde aspectos claramente vinculados a la Etnografía del habla (competencia comunicativa, roles comunicativos, aspectos no verbales) hasta factores muy presentes en la Sociología del lenguaje (influencia de la heterogeneidad cultural en el comportamiento verbal) o aspectos que entonces podían considerarse bastante novedosos, sobre todo fuera del contexto italiano, como el análisis de la ideología implícita en el discurso. Similar es el empeño, aunque llegue a frutos bien distintos, que parece animar a GILES (1992:361-368) cuando delimita cuatro grandes áreas de preocupación sociolingüística: actitudes, comportamientos sociolingüísticos a partir del análisis socioléxico, lengua-cultura-pensamiento y Sociolingüística intercultural. Partiendo de una tipología universal de situaciones identificativas de las comunidades de habla<sup>5</sup>, HORVATH y VAUGHAN (1992) reservan el cometido primordial de la Sociolingüística para el diagnóstico de la estandarización en su desarrollo histórico, en tanto que regulación de las relaciones interdialectales que subyacen a ella. Tal ha sido la flexibilidad que se ha introducido por uno u otro procedimiento que J. MILLROY (1992:359) no ha vacilado en reclamar una Sociolingüística que integre aportaciones de diversa procedencia y que se libere de lo que, en su opinión, es un lastre generativista introducido por la perspectiva laboviana. Incluso las versiones menos exigentes del variacionismo han atemperado de manera perceptible su férreo hermetismo discipli-

<sup>5</sup> Que de ese modo se convierten en las unidades básicas y principales de observación empírica, entre las que se distinguen cuatro tipos fundamentales: las que registran continuum dialectal (donde asistiríamos a distribución socioléxico), aquellas en las se han producido una ruptura de ello con las consiguientes tensiones estandarizadoras, las que se encuentran en diglosia y por último, aquellas otras que habrían alcanzado el bilingüismo.

nar. De nuevo CHAMBERS (1995:2-12), uno de los colaboradores directos de P. TRUDGILL, no duda sin embargo en apostar por un inventario flexible de dominios de actuación sociolingüística que incluiría, no sólo el estudio de las condicionamientos sociales que influirían en el comportamiento lingüístico, sino también aspectos que no han sido de exclusivo patrimonio variacionista, caso de los estilos, u otros como la dimensión personal de la interacción comunicativa por completo alejados de sus pre-tados para subdividir internamente la Sociolingüística, tal y como hemos podido comprobar más arriba. Creemos que Sociología del lenguaje y Sociolingüística (variacionista), por una parte, están condenadas a entenderse y, por otra, poseen la suficiente especialización como para conservar sus áreas específicas de actuación sin menoscabo o «confusión» de ningún tipo. La experiencia en el trabajo empírico, además apunta sin duda en esa dirección. Por mencionar un caso sobre el que en su momento nos extenderemos, aunque lo haya pretendido en repetidas ocasiones, la Sociolingüística variacionista quizá no está capacitada para afrontar por sí sola temáticas como la del bilingüismo. Guste o no, concesión a la Sociología o no, cuando intenta abordar con seriedad cuestiones como ésta debe por fuerza recurrir a la Sociología del lenguaje. Del mismo modo, los sociólogos del lenguaje tampoco parece conveniente que obvien el esqueleto interno del lenguaje ni la de su co-variación social, sin correr el evidente riesgo de incurrir en imprecisiones que invaliden sus investigaciones.

Sin esa mutua interdependencia no será factible alcanzar una explicación última de los hechos sometidos a estudio. Y, si hemos superado los balbuceantes tiempos de la definición disciplinar, ese es un lujo que ya no puede ni debe permitirse la Sociolingüística.

## 2.2. LA DELIMITACIÓN EXTERNA DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

### 2.2.1. Sociolingüística y Dialectología

Si la delimitación interna de la Sociolingüística no fue tarea fácil, la externa tuvo que hacer frente a las, en ocasiones, delicadas relaciones entre, por un lado, Sociolingüística, fundamentalmente, de corte variacionista y Dialectología por el otro.

La Sociolingüística irrumpió en lo que hasta ese momento habían sido los dominios exclusivos del análisis sincrónico de corte dialectológico. A consecuencia de ello, surgió una «inevitable» y «paradójica» confrontación entre dos áreas de la Lingüística que, en principio, estaban destinadas a ocupar parte de un mismo espacio científico. En el contexto particular de la Lingüística Románica, con una asentada tradición dialectológica,

ello tuvo llamativa relevancia, aunque desde ese ámbito, finalmente, se empleó de manera definitiva la cuestión<sup>6</sup>.

A pesar de que, en un principio, se la acusó de interesarse por cuestiones apenas a la Lingüística y se reservó el estudio de los fenómenos diacrónicos única y exclusivamente para la Dialectología, con posterioridad se intentó convertirla en una mera derivación —a veces atenuada (BORRERO NIETO, 1981:13)— de los principios dialectológicos, no sin alguna que otra extralimitación difícilmente sostenible. MONTES (1986) no mostraba reparo alguno en pretender su simple eliminación, convencido, como estaba, de que la Dialectología poseía en exclusiva el estudio de todos los sistemas de normas parciales de las lenguas, con vituperos, por ese camino, en una suerte de «macrosuma» de todas ellas.

No parece, con todo, que la propuesta de MONTES haya tenido excesiva fortuna, entre otros motivos porque, tanto desde la vertiente teórica como desde la práctica, dialectólogos y sociolingüistas pusieron aplicado empeño en disipar malos entendidos anteriores y en fijar sus propias líneas de investigación. LOPE BLANCH (1976:67-90), a nuestro juicio con toda razón, se quejó de las mixturas que pretendían reconvertir la Dialectología en una equívoca Sociolingüística. Por el contrario, consideraba que la Dialectología tenía su estatus científico propio sin necesidad de competir ni con la Sociolingüística ni con cualquier otra rama de la Lingüística.

Coincidiendo con LOPE BLANCH, pero esta vez desde la Sociolingüística, LOPEZ MORALES (1989:31) reserva para la Dialectología el estudio —en el eje diatópico o diacrónico— de un determinado lecto, para la «lingüística estricta» los sistemas generales y para la Sociolingüística el de ambos componentes en su contexto social.

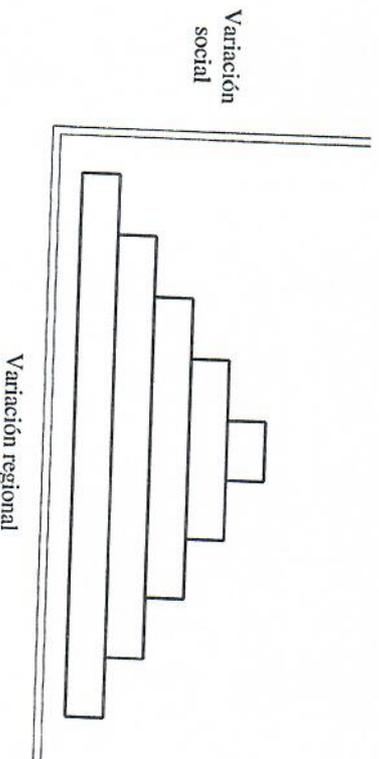
Tomando como ejemplo las realizaciones de /-s/ en Andalucía, para LOPEZ MORALES los dialectólogos darían cuenta de la regla fonológica que provoca la desaparición de la sibilante, bien en favor de la aspiración, bien en el de las conocidas y controvertidas vocales abiertas o alargadas, aún de los contextos fónicos favorables al cambio. La Sociolingüística, en cambio, tomaría los anteriores trabajos como punto de partida para su tarea específica que habría de consistir en determinar el posible prestigio de alguna de las variantes estudiadas, su influencia sobre la variación y la distribución de cada una de ellas sobre el espectro social. Por supuesto que no cabe ni plantear colisión científica alguna con la Dialectología en hipotéticos análisis de la misma variante que se realizaran desde la Etnografía del habla o la Sociología del lenguaje.

<sup>6</sup> El mismo LABOV participó en el *Linguistic Atlas of the United States and Canada* o, por mencionar un caso hispano, los estudios dialectológicos de LOPEZ MORALES (1971).

Desde Italia, como en tantas otras ocasiones, se abordó con ejemplaridad el problema. Los sociolingüistas mantuvieron, en todo momento, clara conciencia de que las informaciones inmediatas que manejaban acerca de la situación lingüística italiana procedían de los dialectólogos, sin que ello fuera óbice para no asumir por completo la apuesta científica que suponía la Sociolingüística en su ámbito cultural. No había, por lo tanto, motivo para con-nián a coincidir plenamente con la postura defendida por LOPE BLANCH.

Fuera del ámbito romanístico, tomando como referencia a WEIN-REICH, LABOV y HERZOG (1968), DITTMAR (1973:115-116) entendamental, pero no exclusivamente, en la metodología. Destaca a este respecto la introducción de criterios más rigurosos en la selección de hablantes, el aparato estadístico empleado para el tratamiento de los datos y la incorporación de nuevas dimensiones como el registro al análisis sincrónico del lenguaje.

TRUDGILL (1983:41-51) insiste también en el aspecto metodológico. Partiendo de un mutuo interés por la lengua vernácula, la metodología sociolingüística permite un mayor y más afinado énfasis en cuestiones de variabilidad. En cualquier caso, para TRUDGILL (1974:41 y 1983:188) hay dos niveles de observación que competirían a cada una de las disciplinas: el regional para la Dialectología, el social para la Sociolingüística<sup>7</sup>:



<sup>7</sup> Sin que ello vaya en detrimento de reconocer una línea de filiación histórica que conduciría de la dialectología urbana a la sociolingüística (TRUDGILL, 1983a:38). El planteamiento de TRUDGILL es, desde luego, muy oportuno, máxime si tenemos en cuenta que procede de un autor que ha trabajado habitual y brillantemente en ambos campos. Ha sido hasta cierto punto frecuente considerar que las diferencias entre dialectología y sociolingüística quedaban resueltas en los ámbitos rural y urbano, respectivamente, donde se desarrollaban sus pesquisas; planteamiento, discutibilísimo y susceptible de seros reparos, por más que pueda establecerse algún tipo de nexo como el propuesto por TRUDGILL, quien, no obstante, en todo momento mantiene los márgenes de competencia científica propia entre cada una de ellas.

Desde luego, la metodología ha sido uno de los principales argumentos esgrimidos frente a la Dialectología por los «sectores menos dialógicos» de las filias sociolingüísticas. Para PE:TYT (1980) los datos aportados por la Dialectología simplemente carecían de fiabilidad objetiva, postura muy similar a la que defenderá más tarde HERNÁNDEZ CAMPOY (1993:17) quien no vacila en tildar sus trabajos de erróneos e inexactos.

A pesar del innegable peso específico de la innovación metodológica introducida por los sociolingüistas, conviene recordar que toda renovación profunda en ese terreno es correlato directo de una nueva propuesta epistemológica de manera que, por activa o por pasiva, no es posible destindar ambos órdenes. Por otra parte, es hasta cierto punto comprensible que en momentos de definición disciplinar surjan valoraciones sobre otras opciones metodológicas similares a las que acabo de comentar. Hoy, sin embargo, es más conveniente, y sobre todo más ecuaníme, juzgar la contribución dialectológica en términos históricos y, en consecuencia, valorar sus aportaciones, no tanto en relación a lo que ha sido el desarrollo posterior nuestra disciplina, como frente a lo que supuso en el momento de su aparición

## 2.2.2. Sociolingüística y Etnografía de la comunicación

La Etnografía de la Comunicación estudia las normas de la conducta comunicativa propia de comunidades de habla específicas. Su objeto de estudio es dar respuesta a la siguiente pregunta ¿qué necesita saber un hablante para comunicarse adecuadamente en una comunidad dada y cómo se adquieren esos saberes?. Ese conocimiento, más las destrezas que sean necesarias para actualizarlo constituye la llamada *competencia comunicativa*. «Ese saber requerido no sólo incluye reglas de comunicación, tanto lingüísticas como sociales, sino también de interacción. Además, se necesita manejar otras reglas de tipo cultural, que sirven de base tanto al contexto como al contenido de los eventos comunicativos y de los procesos de interacción» (SAVILLE-TROIKE, 1986:3).

La competencia comunicativa, como se ve, desborda con mucho el objeto de estudio de la Sociolingüística. Esta disciplina se ocupa sólo de la comunicación verbal en sus aspectos lingüísticos exclusivamente. El estudio de las funciones comunicativas «per se» no es esencial a la Sociolingüística, pero es básico para la Etnografía de la comunicación, lo que la acerca mucho en ocasiones a la teoría de los actos de habla o Pragmática.

Los puntos de contacto externo entre ambas disciplinas —Sociolingüística y Etnografía de la Comunicación— son fundamentalmente las variedades estilísticas. La Sociolingüística cuenta con un amplio capítulo dedicado a la variación diáfásica: analiza con detalle los rasgos lingüísticos que distinguen unos registros de otros, dentro del complejo marco de los sociolectos, estudia la motivación de tales distinciones y descubre los factores sociales que impulsan el cambio. Todo este quehacer se traduce en un sistema de reglas que pone de manifiesto la competencia sociolingüística de una determinada comunidad de habla.

A pesar de que, aparentemente, la actualización de ambas competencias —la comunicativa y la sociolingüística— parecerían coincidir en este punto, existen diferencias significativas entre ambas: la Etnografía de la Comunicación, no es una disciplina lingüística, su interés no se dirige hacia el análisis interno de las variedades involucradas en los actos comunicativos, sino hacia elementos circunstanciales a ellos, principalmente los que resultan determinados por la cultura, desde la posibilidad/imposibilidad de manejar ciertos temas hasta el silencio, el tipo de lenguaje no verbal, la proximidad, etc. Las estrategias comunicativas en general, otro de sus objetivos importantes, están muy determinadas por el marco cultural en el cual se desarrollan, de ahí el interés del estudio.

La Etnografía de la Comunicación tiene importantes puntos de contacto con el análisis del discurso, en especial con el discurso conversacional. En palabras de LÓPEZ MORALES (1993:34), «puede que aquí la Sociolingüística tenga también su parcela; todo depende de que las estrategias y los mecanismos discursivos covaríen con factores sociales».

### 2.2.3. Lingüística y Sociolingüística

La Sociolingüística, en fin, es la disciplina que estudia las lenguas, tanto diacrónica como sincrónicamente, pero en su contexto social (LABOV, 1972:184). Este rasgo es lo que la distingue de la Lingüística, ya que ésta se encarga del análisis de las lenguas en cuanto sistemas, independientemente de los usuarios y de las comunidades de habla que éstos conforman. Al estudiar en abstracto un sistema lingüístico dado, la Lingüística llega a describir el conjunto de relaciones existentes entre los elementos que integran los diversos niveles de lengua, testimonio de ello son las gramáticas de las lenguas, y, en menor medida, las entradas de los diccionarios.

Estas descripciones suelen seguir de cerca una variedad lingüística determinada, la estándar, la de mayor prestigio (real o supuesto), generalmente, el sociolecto alto, y dentro de él, los estilos más altos en la escala de formalidad expresiva. Todo ello nos coloca ante sistemas casi ideales o, en el mejor de los casos, ante descripciones muy limitadas ya que se cir-

escriben a presentar un sistema actualizado por determinados hablantes en determinados contextos comunicativos. Pero sucede que en todas las comunidades de habla existen también otros hablantes en determinados contextos comunicativos. Pero sucede que en todas las comunidades de habla existen también otros hablantes y se dan otras muchas formas de interacción lingüística. «La realidad lingüística es mucho más compleja de lo que suele reflejar la descripción de un sistema, no solo porque su establecimiento se logra a través del análisis de unos materiales que constituyen una parcela muy limitada del abanico de sociolectos o registros que existe en las grandes zonas urbanas, sino por que consideran que las variedades lingüísticas que diferencian unas hablas de otras son absolutamente irrelevantes (LÓPEZ MORALES, 1993:35). Estas limitaciones han llevado a varios lingüistas a postular como LABOV (1972:cap. VIII) que, sin el concurso de lo social ni siquiera podrían quedar claramente definidos conceptos tan básicos como el de «lengua» o «dialecto». Pero no es el único, HUDSON, por ejemplo (1981:28), insiste en que el estudio del lenguaje desde el punto de vista social casi no merece la pena; siempre hay mucho que decir del lenguaje en relación con la sociedad, a menos que se piense en comunidades ficticias, perfectamente homogéneas. También cree, como LABOV, que el modificar «*socio-*» es redundante, pues toda lingüística lo es. HUDSON recoge aquí una traducción británica emanada de FIKTH (1950,1964) y continuada por los representantes más destacados de la escuela lingüística de Londres.

El nivel abstracto de la Sociolingüística estudia todos los factores lingüísticos y sociales que condicionan la competencia sociolingüística de la comunidad de habla. Dicha competencia no es homogénea debido, principalmente, al peso de cada una de las variables sociales, va mucho más allá de la del «*hablante ideal*».

Puede servir, de ejemplo de lo dicho, el estudio de W. LABOV (1966) sobre el inglés neoyorquino. Allí se demuestra que «la competencia sociolingüística de aquella comunidad está integrada por una serie de reglas —de aquí, la importancia de las variables— cuya ejecución está altamente determinada por la estratificación socioeconómica y la generacional. A esa competencia sociolingüística le sigue una actuación. Cuando la comunidad o el grupo ejecuta fielmente su competencia surge el paralelismo y suele ser más estrecho que en los casos donde los protagonistas son hablantes ideales» (LÓPEZ MORALES, 1993:37-38).

No cabe duda de que la base de las investigaciones sociolingüísticas es el individuo y que éste puede no ser reflejo fiel de su comunidad. En este sentido, puede decirse con HUDSON (1981:23) que «no hay dos hablantes que hablen la misma lengua». Sin embargo, las investigaciones sociolingüísticas han demostrado que existe un grado alto de identidad lingüística entre los individuos que integran una misma comunidad de habla. El énfasis en el estudio del individuo o del grupo ha separado, de algún

modo, a los estudiosos de la variación. LABOV (1972) y, con él, numerosos investigadores estudia la estructura lingüística en grupos porque supone la existencia de un «sistema coherente, susceptible de ser descrito por medio de reglas variables patrocínadas por factores lingüísticos y/o sociales. También BALLEY (1973) aunque su propuesta de estudiar la variación es a través de escalas de implicación. BICKERTON (1971) sin embargo, cree que el conocimiento lingüístico reside en el individuo, y rechaza, por lo tanto, las reglas variables. A pesar de las discrepancias, es un hecho corroborado reiteradamente que una parcela de las estructuras lingüísticas se encuentra en la comunidad y no en el individuo.

La competencia sociolingüística está integrada por «un conjunto ordenado de reglas donde, además de los determinantes lingüísticos que rigen, están los factores sociales que detienen, impulsan o cambian su cumplimiento. La competencia sociolingüística es heterogénea, es decir, tiene acceso a reglas diferentes. Es cierto que hay factores estructurales que las condicionan, pero también están los de carácter social (LOPEZ MORALES, 1993:38-39). No cabe duda de que el hablante suele saber cuándo ha de realizar una u otra, la decisión está motivada por su conciencia lingüística y por el contexto comunicativo. Toda actuación, al fin, es siempre un reflejo de la competencia sociolingüística»<sup>8</sup>.

### 3

## Medios de aproximación a la disciplina Sociolingüística

En este apartado nos proponemos mostrar una serie de cuestiones de carácter general, aunque práctico, que afectan a la materia que trataremos y que permitirán una aproximación a la Sociolingüística más eficaz. Con este objetivo hemos considerado la presentación de temas de diversa índole, de carácter bibliográfico, por considerar que pueden ser un instrumento básico e indispensable, tanto para el alumno como para el profesor e investigador.

En este sentido y abordando la primera de las cuestiones señaladas, vamos a abordar las unidades y/o bloques temáticos admitidos en el tratamiento, por tanto, se impone analizar, con cierto detenimiento, el enfoque más estratégico en cada caso. No es lo mismo un tema muy abstracto que uno concreto y muy específico, como tampoco un tema «histórico» que uno «descriptivo». Otro tanto de la extensión, que no es homogénea. Y, así, siempre en función de la importancia y del grado de «profundidad» que persigamos, habrá que se presten más fácilmente a un desarrollo pormenorizado obligará a dedicarles un mayor número de horas de clase. A la vez, algunos temas del programa pueden aprehenderse con un tratamiento sencillo, bien mediante una dedicación temporal menor, o bien al alumno unas pautas orientativas que él mismo desarrollará en su bibliografía pertinente.

Es importante, pues, contar de antemano con el problema del alumno. No debe olvidarse que tal y como se ha expuesto, anteriormente, el propio carácter dinámico del programa, puede haber temas que se olviden o olvidados debido a necesidades de orden diverso que se presenten en el curso.

<sup>8</sup> Debe hacerse notar que la *Sociolingüística histórica* está también desarrollándose tras la brillante pauta de ROMAINÉ (1982<sup>a</sup> 1983). Entre nosotros pueden verse los trabajos de GILMENO (1983, 1988). Asimismo, la *Sociolingüística aplicada*, como ya veremos, ha cobrado relieve fundamentalmente centrada en la Planificación lingüística (vid. TRUDGILL, ed., 1984) y en la Enseñanza de lenguas (MORENO, 1998).